

LO PONDRÍA EN MI CUERPO
si tuviera que situarlo en un lugar.
No por aquello que la boca ha engarzado
en su jactancia como una corona.
No con el ahogo, la urgencia, el desvarío
ligero y feroz contra lo que duele.
En el puño la piedra a salvo, por captura,
de su propio lenguaje acorralado.

Cierto es que algunos seres se enmarañan conmigo.
Pero este dio entre las cosas de la tierra
con uno de mis rulos para enredarse.
Caerían los dedos después de lleno sobre los míos
trasplantándome.
Esto es lo nuestro: palpar de raíces en el aire.

Cierto es que me ha recorrido
como a la naturaleza que agrada,
no por sí misma sino acaso por lo que concede:
alguna extrañeza, cualquier desborde, cierto estado de gracia.
¿Se puede advertir el prodigio sin caer en la emboscada?

NECESITO UN RÍO PARA BAÑAR MIS AMORES,
tendré que hallarlo por el oído
amansado en el pecho por su ruido y después de llorar.
Un río preferido por el puma,
su merodeo roto, su fatiga sagital.
Erizado en los vientos el lomo de agua
y al fondo, un mortero: pasan el músculo y la piedra
para ser arena y huesos.
A pie llegaría entre los abrojos,
olvidado el vestido y sin carnaval.
La sombra debajo del sombrero
inaugura sauces en la impúdica sentencia del pelo.
Necesito un río que sepa de bravura y empezaría por el cuerpo mío
a bañar los amores temerosos de ese espejo brutal.
Animales pequeños dan con el cielo y creyendo tocarlo
conocen, inapresable, la mojadura, la soledad.

CON EL DEDO DE SEÑALAR LAS COSAS

revuelvo la arena de los cimientos: es tu primera casa,
allí aprendiste las palabras que ponen a jugar
el vacío de la boca. Desde entonces se atropellan,
a veces mustias, a veces radiantes, flores
que no pueden frenar el viento.

Me demoro en el jardín de la que quisiste
y traigo la lluvia: antes de ser vapor asume
la despiadada estación del alambre.
Dejo los retazos de mi mejor vestido
como esquirlas tallan los muros de tu última casa.

Con las lágrimas de señalar el lugar del tesoro,
acepto el frío: una felicidad arrancada con los dientes,
esculpida en la noche cazadora contra los vicios de la costumbre.

ENFERMEDAD DEL SOL,
atravesamos el festín
de espaldas al humo del fogón,
que ocasionó cada bocado y sus delicias.
En la ceremonia de la apetencia,
nos fuimos pareciendo al resplandor suyo,
asumimos identidad con la bestia viva,
cloqueando de ignorancia junto a su par que ya hervía.
Entraba y entraba en la boca para guisarnos.
Todavía hay vida, decía el pelo erizado
como alas de gallo viudo, como fauces de perro hambriento.

POR EL AGUA TIBIA SUMERGIMOS LOS PIES,
dioses corroídos, en olvido del daño.
Aceptamos anudarnos con quien nos provocaba,
aténgase a las secuelas aquel.
Cuál magia sino sucumbir al ansia propia y fascinar,
encumbrados y dispuestos a la fatiga y el barro.
Invitación hubo y escondía, lo asumimos, un pedido de socorro.
Sí, saldrá de su vida por nuestra mano. Quizás no sepa
cómo recobrarla cuando desamparemos, después.
Asistimos a dar unción del atrevido
que nos quiso cómplices, que gozó
como gozamos, del contagio.
El placer, la alegría: siembran la pena que vendrá.
Quien, en la distracción alta del día
osó implicarse en nuestro juego
alimentado de penumbras, hágase cargo, incauto,
de su tentación incitadora.
Y fraguamos nuestra gracia impostergable, fulmíneos.
Serán disueltas las preguntas que nos atravesarían.
Qué iba a ser de nosotros sin el cuenco de su alma,
dónde volcaríamos la quemazón de unos u otros dones.
Fulgor engarzado en un cielo fósil,
entramos y salimos del frenesí
como los tocados por la santidad
domesticar para sí lo desconocido.
Y obradores de lo magnífico, lavamos nuestros pies.